

La letra pequeña

Andrés Pérez Domínguez

A mis padres

*And did you get what
you wanted from this life, even so?
I did.
And what did you want?
To call myself beloved, to feel myself
beloved on the earth.*

Raymond Carver, *Late fragment*

ÍNDICE

Dibujos animados

Luna de miel

El cumpleaños

Zapatos

La mesa coja

El tiempo detenido

La curva de la felicidad

Flores para Amanda

Ojos Tristes

Duarte

DIBUJOS ANIMADOS

Ya no aguanto más, ni un minuto, pienso antes de llamar a mi hermana para anunciarle que estaré allí dentro de dos horas —tres, como mucho—, en cuanto el niño vuelva del parque y ordene la casa, para que el viejo no se dé cuenta. Pero lo notará, el muy zorro. Lo conozco bien, se ha pasado media vida conmigo, casi desde que me casé. A estas alturas sé tanto de sus costumbres y de sus manías como si fuera su propia hija, mejor aún. Pero no le guardo rencor al pobre hombre. Al contrario, no es malo, qué va, es mucho mejor que el cerdo de su hijo, mi marido por poco tiempo. Lleva cuatro días sin aparecer. Que sí, bueno, que está de viaje, el trabajo es el trabajo, pero hoy es viernes, no vaya a pensar que me chupo el dedo a estas alturas. Ya no. Antes era más ingenua, lo esperaba levantada para darle un beso o me quedaba dormida en el sofá e ignoraba el olor a perfume en el cuello de la camisa. Tan tonta era que creía que el olor a puta se pegaba a la ropa con sólo entrar en un club de alterne al que había acompañado a un cliente con quien acababa de cerrar un trato. Total, gajes del oficio, con lo que a mí me duele dejarte sola; ya sabes, mi amor.

Pero eso era antes. Ya no soy tan ingenua y, aunque las salidas nocturnas han continuado a lo largo de los años, hace tiempo que dejé de creer los embustes. Ahora ni siquiera le lavo las camisas cuando huelen a otra: las tiro al cubo de la basura y santas pascuas. Él, ni rechistar. Quien calla otorga.

Así que ya está bien de hacer la tonta, coño. Esta tarde, cuando el abuelo vuelva del parque con el crío, me largo.

Puedo verlos desde la ventana. El chico está subido a un tobogán y el viejo está sentado en un banco leyendo el periódico. Su figura encorvada destaca entre las de las madres y las niñeras.

Lo siento por mi hijo, que va a echar de menos a su abuelo, pero ya tendrá ocasión de verlo. No sé cómo se organizará eso de las visitas, pero alguna vez le tocará pasar un fin de semana con su padre. Por un momento se me pasa por la cabeza la idea de llevármelo también, a mi suegro, pero la desecho nada más pensarla. No puede ser, no. Joder, no es mi sangre. Si el malnacido de su hijo no es capaz de cuidarlo cuando me vaya, siempre queda su hija. No es que mi cuñada se preocupe mucho por él, pero se trata de su padre, vamos, digo yo. Tampoco voy a calentarme la cabeza por un problema que no me corresponde. Intentaré, eso sí, que el hombre sufra lo menos posible. Ya me inventaré algo, y luego que el golfo le diga la verdad: que me he marchado con el niño, para siempre, porque ya no aguanto más esta vida, ni esta mierda de piso, ni sentirme siempre sola, ni sus mentiras, sus excusas tontas, sus cuernos.

Antes de irme para no volver jamás, friego el suelo, saco la vajilla del lavaplatos y cambio las sábanas. Una tonta, eso es lo que soy. En lugar de partirme el lomo debería dejarlo todo patas arriba: el fregadero lleno de platos sucios, el cuarto de baño sin recoger, la ropa sin planchar, y cuando vuelva el sinvergüenza que se lo encuentre todo por medio. Que venga luego una de sus amantes, cualquiera, la pelandrusca de turno, a ver si es capaz de dejarle el piso como una patena. Eso, seguro que no. Para eso sólo valemos unas pocas idiotas chapadas a la antigua.

Los cristales también los limpio. Me digo que en realidad lo hago para que el viejo no piense mal de mí: una cosa es que acabe

odiándome por dejar al adúltero de su hijo y otra que, además, diga que soy una guarra.

Al otro lado de la calle, en el parque, el abuelo sigue cuidando del crío. Ahora ha dejado el periódico y, con la dignidad que le permiten sus ochenta primaveras, le lanza a su nieto un balón.

Me va a dar mucha pena de mi suegro, lo reconozco. Ya quisiera yo que mi futuro exmarido fuese la mitad de comprensivo y amable que él. El hombre no molesta, se pasa el día leyendo la prensa o las novelas que saca de la biblioteca, lleva al niño a pasear cuando yo no tengo ganas o estoy muy atareada. Tiene una paciencia infinita con el crío, se sienta a su lado para ver los dibujos animados y los dos ríen por igual frente al televisor, tanto que a veces, más que un abuelo y su nieto, parecen dos compañeros de pupitre.

Pero lo mejor de mi suegro es su prudencia: nunca se mete en nuestros asuntos. Cada vez que el innombrable y yo discutimos, él se levanta y se va a dar un paseo o, si está lloviendo o hace frío, se encierra en su habitación. Jamás se ha metido en una trifulca conyugal —y cada vez son más frecuentes—, ni siquiera cuando levanto la voz —lo que sucede muchas veces, demasiadas, no me puedo contener— y le digo al libertino de todo menos bonito.

Sólo una vez he visto al abuelo tragarse las lágrimas. Fue esa mañana que el canalla llegó a casa después de haber pasado toda la noche fuera, con el cuello manchado de pintalabios y el pelo apestando a perfume de otra. Apareció tan campante, con el tiempo justo para darse una ducha y marcharse a la oficina. Ese día estallé como una leona, como nunca lo había hecho. El culpable de mi desgracia se estaba preparando el desayuno, tan tranquilo, las rebanadas de pan en el tostador y la leche humeante en la cazuela, igual que si acabara de levantarse después de dormir en la cama conmigo, como es su obligación. No me pude contener. No lo lamento por él o por el niño, que aún es dema-

siado pequeño para entenderlo, sino por mi suegro. Hasta los insultos tienen un límite, pero aquella mañana estaba histérica, tal vez porque me estaban saliendo los cuernos. Y es que los cuernos, igual que las muelas del juicio, duelen al salir, sobre todo al principio, hasta que una se habitúa a llevarlos.

El caso es que estábamos los cuatro en la cocina: el vicioso, el abuelo, el crío y yo recogiendo los platos. No pude más, tiré la bandeja al suelo y el niño dio un respingo. El sinvergüenza de su padre, de espaldas a mí, resopló, resignado. Al otro lado de la mesa, mi suegro bajó los ojos para no enfrentar los míos.

Tiré un trapo mojado a los azulejos y grité basta. El libertino se giró a medias, como si le extrañase lo que pasaba, igual no estaba muy seguro de que mi rabia tuviera algo que ver con él, y tragó saliva. En lugar de decir nada o reprenderme, levantó las manos en son de paz. Debió de ver la furia que me salía por los ojos, y no le faltaba razón si pensaba que en ese momento hubiera sido capaz de rajarle la barriga.

Mi niño, el pobre, estaba a punto de estallar en llanto. Su abuelo le acarició la mejilla, le revolvió el pelo. Vámonos a la parada, anda, no vayas a perder el autobús, le dijo. Pero yo, fuera de mí, sólo veía al golfo mirándome con expresión incrédula. Sólo los veía a él y a la fulana con quien se había revolcado esa noche, el muy cerdo, y le dije de todo mientras iba destrozando los platos contra la pared. Mi hijo y mi suegro todavía no se habían marchado, pero me daba igual y, ahora que lo pienso, aunque han pasado siete meses desde aquella bronca, lamento haber mentado a su difunta madre, no por él, el sinvergüenza me da igual, sino por el viejo. Aún estaba en el piso, y yo gritaba tanto que me habría oído desde la calle cuando le espeté al inmoral aquella lindeza de maldita sea tu estampa, me cago en ti y en todos los tuyos, cabrón, que eres un cabrón, no os puedo ver a ninguno, ni a ti, ni a tu hermana ni a tu padre, que ya va siendo hora de que

se vaya una temporadita, ojalá que para siempre; a ver si te mueres de una vez, malnacido, y vas a hacerle compañía a tu puta madre.

Aquella mañana reventé la vajilla entera hasta que caí abatida en el suelo sembrado de cristales, llorando, sin fuerzas ya, lanzando improperios a un piso vacío, porque el muy bellaco, en lugar de decir nada, se levantó y se fue a la oficina.

Todavía estaban los cristales rotos en el suelo cuando regresó mi suegro. Me había acostado, con la puerta cerrada y las cortinas corridas. Suelo hacerlo cuando me quedo sin energías y digo a la mierda con todo. Desde el dormitorio lo oí recoger los trozos de vajilla, barrer, arreglar la cocina y horas más tarde arrastrar los pies por el pasillo para bajar a la parada de autobús y buscar a su nieto que volvía del colegio.

El adúltero no vino a almorzar. Yo aún no sabía que se iba a pasar tres días sin aparecer por casa. Desde entonces lo hace a menudo, pero el muy engreído no es capaz de imaginar la sorpresa que se va a encontrar esta vez cuando regrese.

Acabo de planchar y sólo me queda doblar las sábanas. Pero sin ayuda no puedo. Me asomo por la ventana. Mi suegro y mi hijo esperan a que el semáforo se ponga en verde para cruzar, cogidos de la mano, el abuelo con el balón pegado a la cadera. Pobrecillo, le voy a hacer una faena: dejarlo con el inútil, que no es capaz ni de plancharse una camisa. Pero bueno, ya se arreglarán. Seguro que el viejo ha pasado por momentos peores.

Y yo, bueno, ya veré. De momento, pasaré una temporada con mi hermana, buscaré un trabajo, me labraré una vida nueva. Seguro que con el tiempo encuentro un hombre bueno, alguien que me quiera y me valore. Total, aún no soy tan vieja. Todavía me siento fuerte. Aún puedo conseguir cualquier cosa que me proponga: estudiar una carrera, aprender idiomas, encontrar un buen trabajo y ganar dinero. O, si no, comprar boletos del euro-

millón hasta dar el pelotazo y tener una cuenta con muchos ce-
ros. Aún no he gastado ni la mitad de mi vida.

La maleta está preparada en la habitación, debajo de la cama. No quiero que la vea el viejo. Prefiero que se entere cuando ya me haya ido.

El niño me da un beso al entrar. Mañana no hay colegio, así que le doy permiso para que encienda la televisión y vea los dibujos animados. Desde la cocina puedo escucharlos. El abuelo, como cada tarde o, lo que viene a ser lo mismo, igual que cada vez que hay bronca en casa, se sienta junto al pequeño. Se queja de que no oye muy bien, pero sé que a menudo la sordera no es más que una excusa para subir el volumen y amortiguar los insultos que nos dedicamos el malnacido y yo.

Muchas veces he pensado que este hombre tiene una antena capaz de captar lo que a la mayoría le pasa por alto. También sabe ver a través de los ojos de los demás. Calla y procura que no se le note, pero adivina lo que pienso aunque no abra la boca. Sé que con sólo mirarme a los ojos se percatará de que voy demasiado bien vestida para una tarde de plancha.

Cuando lo llamo para que me ayude, se coloca al otro extremo de la cocina con un pico de la sábana en cada mano. Aún queda otra media docena sobre la tabla de planchar: es lo único que me separa de la libertad, de una vida mejor, de un trabajo, de un nuevo amor quizá. Quién sabe, a lo mejor se encapricha de mí un ricachón y me lleva a dar la vuelta al mundo en nuestra luna de miel. Nadie puede adivinar el futuro. Seguro que el adúltero tampoco imagina lo que se va a encontrar cuando acabe la juerga del fin semana.

Con las sábanas siempre es el mismo ritual: mi suegro y yo caminando hacia atrás para estirarlas, juntar los picos, estirarlas otra vez, volver a juntar los picos y recortar la distancia que nos separa para que yo pueda terminar de doblarlas.

Pero hoy —tiene que ser hoy—, en lugar de separarse mientras dejo en una silla la primera sábana, se queda quieto, muy cerca de mí, y sacude la cabeza, apesadumbrado. Estoy a punto de frenarlo en seco porque pienso que, aunque jamás se ha entrometido, hoy puede ser el primer día que lo haga.

—¿Sabes? —me dice cuando le entrego los dos picos de otra sábana—. Hoy me he estado acordando de mi amigo Eduardo.

Al menos, suspiro aliviada, no me va a hablar del golfo.

—Mi amigo Eduardo —insiste, entornando los ojos, como si así pudiera recordar mejor—. Cada mes de abril me acuerdo de él, y eso que hace ya veinte años que murió, pobrecillo. Parece mentira, pero a todos nos llega la hora. Te sientes joven y fuerte, te crees capaz de todo y, cuando menos te lo esperas, la energía te abandona, te levantas un día y sientes cómo te flaquean las piernas, las manos te tiemblan y la sopa se derrama cuando llevas la cuchara a la boca.

No me apetece escuchar una batallita. Intento pensar en otra cosa, trato de concentrarme en las voces de los dibujos animados que llegan desde el salón, o en la nueva vida que me espera a partir de esta tarde, pero el abuelo sigue con la historia.

—Cuanto más viejo, más me acuerdo de Eduardo. Murió solo. Había tenido un buen trabajo, en un banco. Eso ahora no es nada del otro mundo, pero entonces, para la gente de mi edad, era una de las mejores cosas que te podían pasar. De jóvenes fuimos muy buenos amigos. Tuvo una novia de muchos años, pero, cuando estaban a punto de casarse, se pelearon y ya no fueron capaces de arreglarse. Incluso estaban pagando un piso entre los dos. Al principio, pensé que las cosas se solucionarían con su novia, pero me equivoqué. Tiempo después me dijo que ella se había casado con otro hombre, pero bueno, son cosas que pasan y la vida siempre sigue adelante: ella se había casado y al final Eduardo encontraría otra mujer y también formaría una

familia. Pero sus planes eran otros. Le perdí la pista durante aquellos años. Yo me casé, él pidió el traslado a Barcelona. Nos veíamos cuando volvía de vacaciones. Cada vez menos porque la vida acaba distanciándote de los amigos, es inevitable. En poco tiempo yo me convertí en un hombre con una bola atada al pie llamada familia mientras que Eduardo se empeñaba en exprimir hasta la última gota las ventajas de ser un hombre sin cargas: presumía de no tener nadie a quien mantener o rendir cuentas. Barcelona estaba llena de tentaciones y él podía derrochar todo el dinero que le diese la gana, decía; irse de vacaciones a cualquier parte, comer en los mejores restaurantes o cambiar de coche por puro capricho. Aseguraba que, cuando se jubilase, compraría un velero y daría la vuelta al mundo. Cumplió su palabra, porque apenas lo vi durante los años siguientes. Creo que no tuvo una mala vida, al menos al principio. Pronto lo nombraron director de una sucursal y con el tiempo llegó a ser jefe de zona. Podía permitirse vivir bien. Sé que durante dos décadas no paró de salir, de viajar, de conocer mujeres y de estrenar coches.

Termina, termina la historia que ya queda poco para que me largue. Disimulo una sonrisa. Sólo nos queda una sábana por doblar.

(...)